

CUADERNOS DEL CENDES
AÑO 22. N° 58
TERCERA ÉPOCA
ENERO-ABRIL 2005

115

ENTREVISTA 117

DOCUMENTOS 127

RESEÑAS 145

**INFORMACIÓN
EDITORIAL** 161

BLANCA S/F
116

Entrevistas a Ernesto Laclau pp. 117-125

Ernesto Laclau, sociólogo e historiador argentino, vive hace más de treinta años en Inglaterra. Actualmente se desempeña como investigador del Centro de Estudios Teóricos de la Universidad de Essex y también es profesor de la Universidad de Buffalo en Nueva York. Acaba de publicar un nuevo libro, *La razón populista* (Fondo de Cultura Económica, 2005), que sin duda es de sumo interés para interpretar los cambios que actualmente están ocurriendo en América Latina y, particularmente, en Venezuela. Este libro aporta una nueva dimensión al análisis de la lucha hegemónica y de la formación de las identidades sociales, que es fundamental para comprender los triunfos y fracasos de los movimientos populares. Igualmente avanza un paso más en el proyecto político de una democracia radical en el actual escenario de un capitalismo globalizado.

Su reformulación del concepto de «pueblo» lleva a Laclau a retomar la discusión con Slavoj Žižek –que había quedado inconclusa en *Contingencia, hegemonía y universalidad*– en torno de la sobredeterminación de la identidad política. Cuestiona asimismo la caracterización de la multitud que plantearon Michael Hardt y Toni Negri en *Imperio*, para poner el acento en el poder unificador de las demandas.

Laclau rompe con las imágenes negativas ligadas al populismo, lo refiere como una forma de construir lo político, una lógica política, y no como un contenido específico sino una forma de pensar las identidades sociales y un modo de articular demandas dispersas. Sus propuestas y afirmaciones pueden considerarse la base filosófico-política del nuevo liderazgo latinoamericano que surge de la descomposición del Consenso de Washington, y ponen en escena una discusión intelectual y política imprescindible hoy en día.

Para contribuir con esta discusión *Cuadernos del Cendes* presenta un compendio de respuestas que Ernesto Laclau diera en dos entrevistas realizadas en los tres últimos años. Una publicada por Alejandro Piscitelli en 2002 bajo el nombre de «En defensa de la razón populista», y otra titulada «Es el momento en que el juego se rompe en el que la política empieza», realizada por Juan Pablo Palladino en el año 2004.

En defensa de la razón populista*

Entrevista realizada por Alejandro Piscitelli

El 17 de octubre de 1945, un niño llamado Ernesto Laclau vio pasar, desde un balcón de Santa Fe y Ayacucho, una marea bulliciosa que ponía imagen y sonido a una palabra de contornos hasta entonces imprecisos: «pueblo». De entonces —cuenta hoy un poco en broma— conserva el interés fascinado por esa escena y por la matriz política que ella evoca: los populismos latinoamericanos. Sólo que si para la mayoría el populismo remite a contenidos negativos, para Laclau se trata de una forma, un modo de articular contenidos variables. Y esa forma, lejos de ser un problema, es la garantía de persistencia del juego político. Este es uno de los ejes centrales de *La razón populista*, libro que pronto aparecerá en inglés y del cual se reproduce aquí un fragmento.

Entretanto, acaba de salir *Misticismo, retórica y política*, donde analiza cómo los procesos discursivos contribuyen a constituir identidades, y en estos meses se publicará también *Contingencia, hegemonía y universalidad*, escrito junto con los filósofos Slavoj Žižek y Judith Butler, ambos publicados por el Fondo de Cultura Económica.

Profesor en la Universidad de Essex desde hace treinta años, Laclau conserva también de su pasado argentino el recuerdo de la militancia en el Partido Socialista Argentino, luego en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, de Jorge Abelardo Ramos, y la aspiración a una «alternativa democrática radical y emancipatoria». Es sociólogo e historiador, tomó clases con Borges y Rodolfo Mondolfo, colaboró con Gino Germani y con José Luis Romero. Hacia 1969, mientras dirigía el periódico *Lucha obrera*, Eric Hobsbawm lo invitó a estudiar en Oxford: desde entonces vive en Inglaterra.

Lector atento y crítico de Gramsci y Althusser, de Lacan y Derrida, en libros como *Hegemonía y estrategia socialista* (escrito con Chantal Mouffé) y *Emancipación y diferencia* Laclau desplegó una original reflexión política que él mismo denominó «posmarxista y posestructuralista»: un modelo que destaca la naturaleza discursiva de lo social y donde la identidad es una construcción siempre provisoria.

De paso por Buenos Aires, Laclau se refirió a sus últimos trabajos: contó cómo se interesó en el discurso de los místicos, explicó por qué cierta dosis de populismo es necesaria para la democracia y analizó las chances del declamado «fin de la política». Lo menos tranquilizador es su lectura de la situación argentina, a la que define como de «disgregación radical». Laclau ve cercano el peligro de «una reimposición autoritaria del orden», el fantasma del Leviatán: «decir <que se vayan todos> es decir que se quede uno».

* Publicada el 4 de agosto de 2002, en: <www.megafon/dialógica.com.ar>.

Alejandro Piscitelli: *En «La razón populista», usted afirma que, contra lo que suele pensarse, el populismo no es un contenido sino una «forma»: un modo de articulación consustancial a la política que no es necesariamente un problema, algo «negativo»...*

Ernesto Laclau: No: sin una dosis de populismo no habría política. Recuerdo el famoso lema de Saint Simon, según el cual el paso a una sociedad sin política debía ser «la transición del gobierno de los hombres a la administración de las cosas». Pero en una sociedad donde toda demanda se resuelve en forma administrativa y sin disputas, evidentemente no hay política. La política adviene cuando las demandas sociales chocan con un sistema que las niega, y aparecen distintos proyectos que disputan por articularlas. Por otra parte, una sociedad que fuera totalmente reglamentada, donde no hubiera política, sería una sociedad donde el pueblo o «los de abajo» no tendrían ninguna forma de expresión.

A.P. *Usted recién mencionó el mito del «fin de la política». Existirían dos posibilidades: una es la «pura administración de las cosas». La otra, la más temida hoy por los argentinos, es el fin de la política por disolución, porque las demandas parecen irreconciliables entre sí. ¿Existe hoy ese riesgo en la Argentina?*

E.L. Veamos las posibilidades lógicas: por un lado, sí, está el fin de la política porque todo es administración. Esto significaría que no hay protesta ni disenso porque el Estado es un administrador eficaz, total. Es la imagen que uno tiene de las sociedades escandinavas, que se acercan bastante a esta descripción. La otra posibilidad es que se diga, como se dice aquí, «que se vayan todos». Esto significa el final de la clase política; y ahí el modelo se acerca al Leviatán, el Estado absoluto de Hobbes. Porque decir «que se vayan todos» es decir que se quede uno, porque alguien tiene que reglamentar la sociedad. Contra el mito de la sociedad totalmente gobernada, el «que se vayan todos» es el mito de una sociedad ingobernable, que necesita de un amo que restablezca el orden.

A.P. *¿No existe otra posibilidad menos catastrófica que el Leviatán?*

E.L. Bueno, la política existe cuando no funciona ninguno de los dos modelos: ni el «que se vayan todos» ni la fantasía de la sociedad totalmente administrada. Toda política es hegemónica; supone una fuerza capaz de galvanizar una serie de demandas insatisfechas. Si esta rearticulación no se produce o es muy débil, puede ocurrir la disgregación social en sentido más amplio. Este es el problema que atraviesa la Argentina hoy, aunque no es exclusivo de aquí: la llamada globalización, en tanto fenómeno de fragmentación y multiplicación de las demandas particulares en el ámbito mundial, se conecta con esto. Pero esa disgregación no puede llegar al punto en que la sociedad se suicide. Así es que, cuando la crisis llega a cierto punto, se produce una reimposición autoritaria del orden desde algún lugar que tenga el poder material para hacerlo. Este es el gran temor que está

en el horizonte. Evidentemente no hay amenaza de golpe militar en la Argentina, pero hay un vacío de poder que de algún modo va a colmarse, nadie sabe bien con qué.

A.P. *¿Qué lugar ocupa el discurso económico? La prédica por la dolarización, por ejemplo, coquetea con la fantasía de que se podría reestablecer el orden a través de la moneda extranjera; se habla incluso de «gerenciamiento exterior» del país...*

E.L. Pero no hay un modelo que venga hoy de Estados Unidos. El neoliberalismo fue una utopía que rigió en los años ochenta y noventa, pero ya está haciendo agua en todo el mundo. De ahí que, en un país como la Argentina, ciertas formas de nacionalismo económico de un tipo nuevo tendrán que empezar a implementarse. El chavismo es una de las formas con que se está respondiendo a esta crisis internacional. Acaso también lo es una figura como Lilita Carrió [candidata a la presidencia de Argentina en las elecciones que ganó N. Kirchner].

A.P. *En sus libros se analiza el rol del «significante flotante», una figura o creencia tras la cual se aglutinan las demandas particulares. Cuesta ver hoy la idea detrás de la cual podrían unirse los argentinos.*

E.L. Un ejemplo de esa articulación fue la consigna en favor del retorno de Perón, que a comienzos de los setenta reunió tras de sí a buena parte de la sociedad. Otros ejemplos serían la «democracia» en los ochenta o la «estabilidad» en los noventa. Hoy la gran dificultad es cómo constituir un sujeto colectivo, cómo hacer que muchas demandas se conjuguen en una identidad común. Esto no se puede lograr sin una resolución mínima de la crisis actual. Ya no se trata de modelos económicos: se trata de restaurar la viabilidad de la sociedad y la confianza en esa viabilidad. Cuando se llega a este punto de disolución general, eso sólo puede ser reconstruido a partir de una especie de fe; una fe de tipo nuevo.

A.P. *Es curioso que hable de fe...*

E.L. Bueno, la fe no es necesaria cuando un sistema institucional funciona normalmente, cuando la gente sabe que aunque cambie el gobierno no habrá transformaciones fundamentales en sus vidas. Pero cuando todo empieza a funcionar mal, la situación sólo se puede reconstituir sobre la base de una fe mucho más profunda. Ahora, ¿quién es capaz de aportar esta fe en la Argentina actual? Evidentemente, no serán las pequeñas negociaciones entre fracciones del justicialismo...

A.P. *Pero volvemos al Leviatán: la fe puede encarnarse con un giro monstruoso, como ocurrió en la República de Weimar con el surgimiento de Hitler.*

E.L. Bueno, esa es una posibilidad; también puede ser una reconstitución de izquierda. No se sabe. Fíjese el caso de México: durante la hegemonía del PRI, se decía que ante las demandas particulares, el régimen resolvía algunas sí, otras no. Lo que rechazaban totalmente era lo que ellos llamaban el paquete; es decir, cuando todas las demandas se

presentaban como una opción sociopolítica más global. Ahí venía la gran represión. Hoy en día en la Argentina tenemos dos problemas: primero, que todo se da en el nivel del paquete, porque la gente ha perdido la fe en la capacidad de las instituciones de resolver las demandas. El segundo problema es que es realmente difícil saber qué hay dentro del paquete.

A.P. *En «Misticismo, retórica y política» analiza textos místicos: la Cábala, Meister Eckhart. ¿Qué lo llevó a tomar esos discursos?*

E.L. Ese trabajo nació cuando percibí que tanto el discurso místico como el político se construyen a partir de la búsqueda de una totalidad que es imposible de representar o encarnar y que es, al mismo tiempo, la garantía del sistema. Esa totalidad puede ser nombrada de modos distintos –Dios, el pueblo, la huelga general–, pero siempre tiene como objeto estar en lugar de otra cosa innombrable y a la vez necesaria. Entonces analizo las figuras y operaciones retóricas que permiten esos pasajes y representaciones en el nivel discursivo.

A.P. *El libro que escribió con Žizek y Butler lleva por subtítulo «Diálogos contemporáneos sobre la izquierda». ¿Cuáles son hoy los objetivos de una política que se pretenda emancipatoria?*

E.L. Bueno, cuando uno pensaba el sujeto emancipatorio a principios del siglo XX, pensaba en la clase obrera; pensaba en una simplificación de la estructura social bajo el capitalismo. Era un discurso en torno de la homogeneización y la eliminación progresiva de las diferencias. Hoy ocurre lo contrario: hay una explosión de diferencias y el problema político fundamental es cómo reunir las en un proyecto de emancipación más global. Desde el punto de vista de la izquierda, el desafío ahora es seguir ampliando los niveles de acceso de los excluidos y, a la vez, encontrar un discurso político articulador para la enorme proliferación de diferencias.

A.P. *Una vez, al comentar una cita de Derrida sobre la capacidad perturbadora de los espectros, usted señaló que los fantasmas se caracterizan también por rondar y acosarnos. ¿Cuál es el gran fantasma que ronda por el mundo ahora?*

E.L. No sé si hay un gran fantasma. Pienso, más bien, en las presencias de aquellas cosas que fueron entes verdaderos –el Estado, las instituciones, las naciones, las identidades basadas en el territorio–, que son cada vez más fantasmales. Lo que me pregunto es si no será la sociedad misma la que comienza a ser espectral.

Es el momento en que el juego se rompe en el que la política empieza*

Entrevista realizada por Juan Pablo Palladino

El momento del antagonismo define lo político. Una dimensión de la convivencia social que es irrevocable. Señala que la teoría neoliberal está perdiendo sus fuentes de validez. Y aboga por un mundo multipolar donde el unilateralismo estadounidense se vea contrarrestado.

La política no es un universo donde los jugadores se atienen fielmente a las reglas establecidas. Esto, como lo indica Ernesto Laclau, sería «bastante lindo». Pero el teórico tiene claro que la política demuestra más formar parte de una lógica donde las reglas son «constantemente puestas en cuestión» y es justamente la idea de antagonismo el elemento central que la define.

En esta entrevista con *teína*, el sociólogo e historiador argentino habla sobre la relación de la política con el juego, y sobre algunas de las características que configuran el escenario político mundial.

Juan Pablo Palladino: *¿Es posible observar en la política rasgos lúdicos? Teniendo en cuenta que en ambos campos intervienen características como la acción libre, se desarrollan en un tiempo y espacios determinados, están sujetos a reglas, se lucha por algo...*

Ernesto Laclau: Yo diría que cuando hay política hay siempre algo más que ludismo; es decir, el que hace política no es el que juega dentro de las reglas de un sistema, sino más bien el que patea el tablero. Es decir, que la política se relaciona con el momento del antagonismo, que para mí es más importante que la gramática que ajustaría todo el movimiento de piezas.

El punto es el siguiente: ¿quién es exactamente el que juega y qué es lo que está implicado en el juego? Si, por ejemplo, uno tiene un juego muy elemental, tal como el ajedrez, la gramática del juego está fijada desde el principio. Pero para mí el juego viene a ser de una naturaleza diferente cuando el que juega no juega realmente, sino que es el que patea el tablero. Es decir, es en el momento en que el juego se rompe en el que la política empieza. Por supuesto que hay una gramática incluso del juego. Pero ¿hasta qué punto uno está jugando un juego o hasta qué punto el juego empieza en un juego sucio?, porque la ruptura de las reglas es lo que define el juego.

* Publicada en *Revistateína* 5, julio-septiembre de 2004. Véase <www.revistateina.com>.

J.P.P. *Debemos pensar entonces que la política se renueva permanentemente.*

E.L. Si uno pudiera definir la política como un universo en el cual los juegos fueran definitorios todo sería bastante lindo, pero eso es bastante irreal. Si uno define la política como un universo en el cual las reglas del juego son constantemente puestas en cuestión, entramos en un universo mucho menos pacífico, pero también mucho más real.

J.P.P. *¿En este momento quién cree que patea el tablero?*

E.L. Hay mucha gente que patea el tablero. [George] Bush lo está haciendo desde hace años, desde que asumió la presidencia [de EE UU]. Lo que está haciendo es un juego sucio desde Guantánamo en adelante. Hay un cierto esfuerzo internacional para restablecer el tablero, pero no sé si va a tener éxito.

J.P.P. *Desde hace tiempo se escuchan con frecuencia críticas a las instituciones públicas por su «falta de eficacia», a la vez que se reivindica el mercado como el administrador ideal. ¿Cuál es el espacio de la política en este contexto?*

E.L. El espacio de la política emerge exactamente cuando ese espacio público deja de operar con sus requisitos habituales. El momento de la política es el momento en el cual el antagonismo predomina sobre cualquier forma agonística de juego.

J.P.P. *El panorama de la política y la economía actual nos muestra un campo donde la gran mayoría queda afuera de la puja por marcar el rumbo de los asuntos públicos. Sólo una elite parece intervenir en las grandes decisiones. ¿Cómo se interpreta esto en la dinámica democrática?*

E.L. Lo que ha ocurrido en la política contemporánea reciente, pensando en las democracias occidentales, es el hecho de que ha habido cada vez menos formas de construcción de políticas alternativas. Lo que ha estado ocurriendo es que en buena medida todas las decisiones han sido tomadas dentro de un marco ya acordado, de consenso; es decir, que todo lo que fuera más allá del consenso no tenía forma de presión política real. En esa medida se dio la marginación de la posibilidad de alternativas democráticas.

La falacia del mercado como administrador total

J.P.P. *¿El sistema neoliberal, donde sólo algunos parecen tener derechos básicos satisfechos, no desvirtúa la idea de democracia como un sistema de participación común?*

E.L. En primer lugar, neoliberalismo es la idea de que el mercado de por sí generaría un tipo de acuerdo global que haría la pugna política innecesaria. Ahora, eso es evidentemente falso. Lo que se está dando es el comienzo de una puja política de tipo nuevo, por la cual distintos sectores en distintos niveles de la actuación política ponen en cuestión ese gran administrador que es el mercado. Es decir, que la teoría neoliberal está perdiendo sus fuentes de validez.

J.P.P. *Por un lado vemos grandes agujeros de corrupción y, por otro, ingentes poblaciones que tienen una mala concepción de lo que se dice «político», de todo lo que se anuncia como tal. ¿Se trata de un círculo que se retroalimenta y que va en detrimento de la política como actividad común?*

E.L. En parte eso es verdad. La cuestión es cuál es la alternativa frente a esto. Hay toda una política alternativa que dice «abandonemos el campo de la política»; como se decía en Argentina hace algunos años: «que se vayan todos». Pero que se vayan todos quiere decir «que alguien se quede». Y entonces, ¿quién se queda? Es decir, lo que yo creo que tenemos que pensar es una forma de ir más allá de una política institucionalista como la que ha existido, pero no ir más allá de la política. La política tiene que quedar y es esencial.

J.P.P. *En este sentido, una de las funciones de lo político es poner orden al caos de la realidad. Sin embargo, es común escuchar frases que reniegan de lo político. ¿Puede la gente mantenerse al margen de lo político por simple elección?*

E.L. Lo político es una dimensión de la convivencia social que no puede ser evitada; no hay forma de ir más allá de lo político. Lo que sí se puede poner en cuestión es la forma en que la política ha sido construida hasta hoy día. Por ejemplo, en cuanto al caos de la realidad, pensemos el comienzo de la teoría política moderna: Hobbes planteaba una situación de caos extrema que es lo que llamaba «estado de Naturaleza», un momento en el cual no había formas de construcción de la comunidad en ningún sentido. Evidentemente, hay momentos en que la comunidad política está afectada por situaciones de ese tipo, pero no es frecuente. Más bien lo que se da es la construcción de lo político a partir de formas intermedias; eso es lo que estamos enfrentando hoy día.

J.P.P. *¿Tiene sentido entonces hablar de apatía política? ¿Esta apatía política no termina siendo en definitiva una posición política?*

E.L. La apatía política de las sociedades actuales es el resultado del llamado pensamiento único. Hemos llegado a situaciones en las cuales la gente piensa que las opciones políticas que les representan no ofrecen realmente alternativa. Por ejemplo, si uno dice: entre la izquierda y la derecha no hay realmente diferencias, en ese caso ¿cuál es el sentido de una opción política? Tony Blair dijo hace un tiempo que no hay políticas económicas de izquierda o de derecha, hay sólo políticas económicas que funcionan. En ese caso, si no hay opciones políticas internas al juego institucional, las únicas opciones son las políticas que se opongan al juego institucional. Éste es el momento en el cual una derecha radical empieza a tener un cierto discurso eficaz.

J.P.P. *Frente a las voces que proclaman la consagración de un pensamiento único, y teniendo en cuenta la necesidad de alternativas, ¿cree que existe margen actualmente para la creatividad política?*

E.L. Yo creo que sí, y las alternativas están siendo creadas por el sistema dentro del cual estamos viviendo. Estamos viviendo una transformación del sistema político mundial como resultado del avance del neoconservadurismo en Estados Unidos. Es esencial en este momento en que existe un mundo unipolar que podamos movernos hacia un modelo multipolar de la política. El movimiento unilateralista de Estados Unidos tiende evidentemente a crear una noción de un imperio que tiene un solo centro y que tiene una parte de decisiones que no es discutida. Un mundo multipolar tendería a crear puntos de desacuerdo. Es importante desarrollar eso.

J.P.P. *¿Dónde se evidencian esas transformaciones? ¿En la construcción de Europa, por ejemplo?*

E.L. Sí, definitivamente. España ha dado un enorme paso adelante en las últimas elecciones con la elección de [José Luis] Zapatero y con la posibilidad de crear un eje alternativo en Europa constituido por España, Francia y Alemania. Con eso, el mundo puede pasar a tener una estructura de tipo diferente. Y ésta es la alternativa en la cual estoy poniendo todos mis esfuerzos.

J.P.P. *¿No se cae con frecuencia en el «no» reiterativo por parte de los movimientos antisistema? Es decir, se sabe lo que no se quiere en cuanto al rumbo del mundo; ahora, ¿cómo hacer para concretar las alternativas?*

E.L. Todos los movimientos sociales han sido siempre así. Usted me menciona movimientos recientes, pero yo le diría los movimientos clásicos. Cuando la gente se proponía, en un sentido anticapitalista más clásico, la lucha por el aumento de salarios o la lucha por la redistribución del ingreso o cosas similares; finalmente, ninguna de estas medidas era totalmente antisistémica. La cuestión es que lo que puede llegar a ser antisistémico no son las propuestas concretas de un grupo u otro, es simplemente el hecho de que ciertas demandas, que de pronto no son tan corrosivas respecto al sistema en sus objetivos específicos, representen algo que ponga en cuestión un arreglo más global; ahí es donde yo veo la posibilidad de un cambio. No sé exactamente lo que un cambio puede significar hoy día en Europa occidental o en el arreglo mundial del cual Europa occidental es una parte. Pero de lo que estoy seguro es de que eso va a ser siempre resultado de una aglutinación de demandas, que pueden ser demandas aparentemente muy puntuales, pero su efecto global puede ser más álgido.

BLANCA S/F
126